AVENTURA en Tierra Santa

El reino de la Cruz
Christian Grasso
pág. 56

Privilegios de los francos
pág. 64

Difícil convivencia
pág. 68

¡Oh, Jerusalén!
David Solar
pág. 72

Toma de Jerusalén por los francos, en 1099 (*Libro de las Cruzadas*, Viena, Biblioteca Nacional).

Hace nueve siglos, en 1102, el rey Balduino de Jerusalén llevó al Oriente latino a su máximo esplendor. El esfuerzo de los cruzados para dominar Palestina duró dos siglos, pero la lucha por Jerusalén, conquistada por los cristianos en 1099, recuperada por Saladino en 1187 y a la que Israel ha efectuado un polémico traslado de su capitalidad, es tan encarnizada como antaño

El reino de la CRUZ

La Primera Cruzada labró una serie de Estados latinos en Oriente Medio que alteraron el equilibrio político de la región. **Christian Grasso** describe la peripecia del reino cristiano de Jerusalén, hasta que Saladino conquistó la Ciudad Santa en 1187

Parece ser el destino de Jerusalén. Amada, soñada, venerada, pero, sobre todo, disputada. La Ciudad Santa tiene un valor simbólico tan poderoso que no es posible considerarla una ciudad cualquiera. Los cruzados avanzaron hasta ella soñando con sus riquezas materiales y espirituales y esa esperanza les dio la fortaleza para superar tres años de penosa marcha, sembrada de cadáveres, hasta alcanzar sus puertas y asaltar sus murallas (1099). El mismo atractivo, espiritual y material, impulsaba las campañas de Saladino para liberarla de los cristianos, logrando, al fin, entrar triunfante en ella en 1187 y, en gesto de magnanimidad, perdonar la vida a los vencidos. El inicial empuje de Saladino pareció que iba a terminar con la presencia cristiana en el Próximo Oriente. Las esperanzas de los cruzados eran, a finales del siglo XII, tan escasas como los enclaves que conservaban. Sin embargo, la pérdida de Jerusalén conmovió al mundo cristiano y Occidente se movilizó en defensa del Oriente latino. La partida seguía.

Christian Grasso, profesor de Historia Medieval en la Universidad de Florencia, es autor de los tres primeros textos, traducidos por María Cóndor.

Creados de la nada

El Oriente latino era la más preciada herencia de la Primera Cruzada. Se trataba de una serie de principados que los francos –o latinos, como también se denominaba a los occidentales– habían creado casi de la nada, poniendo en crisis los ya delicados equilibrios de Siria y Palestina. Sería casi imposible definir con claridad los mil enredos políticos, religiosos y étnicos que ya entonces caracterizaban a estas regiones. El mismo Islam era una realidad muy compleja. Las divisiones y la hostilidad entre los califatos antagonistas de Bagdad y El Cairo, que se disputaban la primacía; la continua llegada de conquistadores neoconversos, como los turcos seléucidas, y la aparición en Anatolia y en Siria de una multiplicidad de pequeños emiratos, casi totalmente autónomos, habían dado al mundo musulmán una fisonomía fuertemente localista, abocándolo a un conflicto permanente. Los cruzados no se enfrentaban a un único ejército, sino a una serie de débiles emiratos, celosos de su propia autonomía y proclives a negociar. Eso explica tanto el inicial éxito cruzado como la pervivencia de los principados francos de Oriente.

Los cruzados, bien armados, buenos combatientes y, en general, bien dirigidos –aunque con muchas disensiones entre los diversos nobles– trataron de explotar los puntos débiles del enemigo y de granjearse el apoyo, nunca desinteresado, de las comunidades cristianas locales. Antes de alcanzar Jerusalén, ya se habían constituido las primeras posesiones latinas en Oriente: Balduino, hermano de Godofredo de Bouillon, cooperó con la población ar-

Godofredo de Bouillon reza ante el Santo Sepulcro, en una miniatura de *Histoire d'Outremer*, de Guillaume de Tyr, siglo XI.

La toma de Jerusalén, en 1099, representada en una tabla de escuela flamenca (Gante, Museum voor Schone Kunsten).

Chipre, la isla feliz

La destrucción de las posesiones latinas en Siria y Palestina por parte de los mamelucos (1291) fue una verdadera tragedia para la población franca que se había establecido en ellas. Correspondió a los Lusignan, a la sazón titulares sólo nominales de la corona de Jerusalén y soberanos del reino de Chipre, encontrar una solución, abriendo las puertas de la isla a la llegada de nobles, caballeros y simples ciudadanos, todos en calidad de prófugos. Chipre logró superar con facilidad esta inesperada e insólita invasión. La isla era rica gracias al comercio que se desarrollaba en el Mediterráneo. Los Lusignan, que la gobernaban desde 1192, después de que Ricardo Corazón de León se la arrebatara a los bizantinos, eran los artífices de una sólida monarquía feudal, dentro de la cual su supremacía era garantía de estabilidad política. Un reino rico y fuerte, en suma, que podía constituirse en promotor de las más diversas iniciativas, desde la construcción de edificios de rara belleza como la catedral de Nicosia y la abadía de Bellapaise, que son testimonio de la vivacidad artística de la isla, hasta el apadrinamiento de proyectos tan grandiosos como inverosímiles de reconquista de Tierra Santa. Los Lusignan, que se ciñeron también la corona del agonizante reino armenio de Cilicia (1393), a fines del siglo XIV intentaron una vez más arrastrar a Europa a una nueva cruzada. Heredera del Occidente latino y de su memoria caballeresca, Chipre se hizo famosa como la isla de los cruzados, cosa que siguió siendo hasta que pasó a manos de Venecia (1489), que, al poner fin a su independencia y a sus sueños de gloria, decretó en cierto modo el definitivo ocaso del Oriente latino.

menia, que conservaba entre Cilicia y el Éufrates una importante presencia, y había sido reconocido como titular del condado de Edesa –actual Urfa– ya en marzo de 1098. Asimismo, la ayuda de la comunidad armenia contribuyó a la conquista de la ciudad siria de Antioquía, en junio de 1098. La antigua *Reina de Oriente* pasaba a ser propiedad del normando Bohemundo de Altavilla.

La alegría por la conquista de Jerusalén estuvo mitigada por el temor a los problemas que tal expansión acarrearía. ¿Cómo organizarse para hacer frente a la reacción musulmana? La decisión de mantener alta la tensión militar se mostró eficaz: los Estados latinos de Oriente consiguieron ampliar su esfera de influencia, afirmándose dentro del panorama geopolítico del Próximo Oriente.

El derecho de conquista

Los primeros años de la dominación cruzada estuvieron caracterizados por una política agresiva, que aprovechó las condiciones favorables para impulsar el amplio proyecto de Balduino que, tras la muerte de su hermano Godofredo, se había sentado en el trono de Jerusalén (1100). Balduino se había proclamado *Rex superiorem non recognoscens*, convirtiendo el reino de Jerusalén en una monarquía independiente. Dándose cuenta de las necesidades militares, había aceptado después la legitimidad del derecho de conquista, merced a la cual los caballeros seguían combatiendo y aumentando los territorios que se irían reconociendo como parte integrante de su reino.

Así se fue perfilando la estructura feudal de la monarquía jerosolimitana. Una estructura inicialmente sólida, que dependía directamente de la corona y que adquiría aún más fuerza gracias a las concesiones a los caballeros de feudos en tierras y también, quizás en mayor medida, de dinero.

La capacidad política de Balduino fue decisiva, también, para la definición de una dirección común dentro del campo cruzado. Así fue posible rechazar durante décadas todos los intentos de reacción de los musulmanes y decidir una zona precisa de conquista y asentamiento en la que concentrar todos los esfuerzos. Para apoderarse de la región costera vital para los intereses de los cruzados, fue necesaria la ayuda de las

Un caballero cristiano y uno musulmán libran un combate, en una miniatura que representa la ofensiva sobre Oriente Medio de la Tercera Cruzada.

ciudades marítimas italianas. Gracias a ellas, se asediaron las ciudades tanto por mar como por tierra. Jaffa, Haifa, Cesarea, Acre, Beirut habían caído bajo dominio franco en 1110 y, aunque todavía faltaran Tiro (conquistada en 1124) y Ascalón (1153), la costa estaba bajo su control, por lo que estaban garantizados los contactos con Europa. El reino de Jerusalén –políticamente autónomo, militarmente victorioso, enriquecido por el comercio marítimo– comenzó a extender su influencia hacia los principados cruzados del Norte.

Estos principados mantuvieron con el reino de Jerusalén unas relaciones complejas y cambiantes según las circunstancias. Se trataba de Estados autónomos, con tradiciones e identidad propias. El condado de Edesa estaba administrado por señores francos, pero estuvo siempre bajo cierto control de los cristianos armenios locales. Antioquía, donde Bohemundo se había proclamado príncipe, chocó con las aspiraciones del Imperio Bizantino, que casi siempre se mostró hostil hacia los Estados latinos. Tanto Edesa como Antioquía eran, por tanto, Estados autónomos cuyos intereses, a veces, coincidían con los del reino de Jerusalén. Por lo demás, la monarquía creada por Balduino se consideró, especialmente en los primeros años, como un modelo y un punto de referencia. La organización feudal y las instituciones adoptadas en el reino de Jerusalén se extendieron a todo el Oriente franco, adaptándose a las diferentes realidades locales. Todos acudían a su soberano en caso de necesidad económica y militar y en más de una ocasión, frente a la iniciativa musulmana, la intervención del ejército regio garantizó la supervivencia de los principados del Norte. A la osadía de Balduino se debe el nacimiento, tras una larga serie de batallas (1102-1109), del condado de Trípoli, el único Estado que reconoció formalmente su autoridad.

El Oriente latino era, pues, un mundo en continua evolución que trataba de adaptarse a las condiciones locales, a la vez que mantenía diversas instituciones de Occidente. En un principio, las cosas parecían ir bien. A la muerte de Balduino (1118), el dominio franco se extendía desde Edesa, por toda la costa siria, hasta Aqaba, a orillas de Mar Rojo, y desde el Mediterráneo hasta Transjordania, es decir, parte de los actuales Irak, Siria, Líbano, Israel, Palestina y Jordania.

Si tan fuertes eran los reinos latinos de Oriente, ¿cómo pudo Saladino llegar

El ejército de los francos

Cuando pensamos en el Oriente latino, inmediatamente imaginamos los castillos y las armaduras de los caballeros. Los primeros son testimonio aún hoy visible de la presencia cruzada en Tierra Santa y las segundas, proyección, un tanto romántica y artificiosa, de una determinada manera de combatir. En cualquier caso, se trata de imágenes que remiten a una de las exigencias más importantes que acompañaron a los Estados latinos: las militares.

Los francos se vieron obligados a convivir con guerras y batallas. Tener como vecino al adversario acarreaba no pocos problemas. Como el peligro era siempre inminente, los francos cuidaron de modo especial la defensa de sus territorios, adoptando una serie de medidas, ante todo en el plano de la organización militar. La caballería era sin duda el recurso más importante y el más temido por los musulmanes. Los caballeros, con sus pesadas armaduras, iban precedidos por contingentes de infantería, que con arcos y ballestas iniciaban el encuentro con la rápida y veloz caballería musulmana. Parte del ejército cruzado era movilizado sobre la base de la leva feudal pero, como las exigencias superaban siempre a la disponibilidad, se veía obligado a menudo a recurrir a mercenarios, como los famosos *turcopoles*, que combatían a estilo turco, es decir, con veloces arqueros a caballo. No era raro que se alistase también a peregrinos procedentes de Europa como combatientes para breves campañas. En casos excepcionales, estaba prevista la movilización de toda la población franca, como sucedió con ocasión del asedio de Jerusalén por Saladino (1187). En cuanto a la flota, se podía contar con la ayuda de las ciudades marítimas italianas.

Coronación de Godofredo de Bouillon, en 1099. Su hermano Balduino convirtió a Jerusalén en una monarquía independiente de todo poder.

a Jerusalén sin encontrar ningún obstáculo? Las continuas campañas militares emprendidas por los francos se convirtieron en el revulsivo que favoreció el resurgimiento de la idea de la *yihad*, merced a la cual caudillos y hábiles políticos como Zengi (1127-1146) y Nur-ed-Din (1146-1174) habían afirmado su propia autoridad sobre el Oriente Próximo musulmán e iniciado la lucha contra los infieles cristianos. Así conquistaron el condado de Edesa (1144-51). Paradójicamente, cuando más fuerte era la reacción islámica, los francos se tornaban más ambiciosos.

El sueño de conquistar Egipto

El reino de Jerusalén era, o así se consideraba, una potencia de primer orden en el tablero de Oriente Próximo. Continuó, mientras pudo, la política de alianzas con los emiratos musulmanes disidentes como Damasco y, cuando esto no era posible, se convirtió en promotor de proyectos fantásticos.

Amalrico (1162-1174), rey de Jerusalén, intentó cinco veces la conquista de Egipto. Para coronar su sueño, tejió un intrincado sistema de alianzas políticas que implicaron a las fuerzas militares del Oriente latino, a Occidente –convocando una nueva cruzada– y al Imperio Bizantino. Lo extraordinario no es tanto la grandiosidad de su idea –que retomó san Luis con ocasión de la VII cruzada, de 1248-50– como el hecho de que estuvo a punto de hacerla realidad, tanto que obligó a Egipto a pagarle tributos y su ejército puso sitio, con escaso éxito, a Alejandría (1167), El Cairo (1168) y Damieta (1169). Amalrico no era un insensato. Su proyecto no trataba tanto de la conquista de Egipto como de evitar la formación de un Imperio musulmán que comprendiese Siria y Egipto y en el que se empeñaron, primero, Nur-ed-Din y luego Saladino (1174-1193).

Las campañas egipcias de Amalrico pusieron fin a una época. Tras ellas, los Estados francos cayeron en una progresiva debilidad político-militar. Por eso, tras su victoria en Hattin (4 de julio de 1187), a Saladino no le resultó muy difícil situarse a un paso del triunfo definitivo.

La toma de Jerusalén por Saladino, el 2 de octubre de 1187, constituye uno de los momentos culminantes de la historia del Oriente latino. En poco tiempo, el reino de Jerusalén, el principado de Antioquía y el condado de Trípoli fueron casi borrados del mapa, pero lo sorprendente fue que, en el transcurso de pocos años, se inició un proceso de reconquista, aunque el nuevo reino de Jerusalén no alcanzaría las antiguas fronteras y tendría que contentarse con un territorio limitado entre Jaffa y Beirut, privado de la antigua capital –ocupada de nuevo sólo por breve tiempo (1229-1244)– y además sin un auténtico dominio del interior. Los otros dos principados padecieron un reajuste similar. El Oriente latino se transformó en un mundo más complejo, que proyectó sus intereses hacia el reino armenio de Cilicia –llamado *Pequeña Armenia*– y hacia el rico reino de Chipre. Por una parte, las ayudas de Occidente, en forma de nuevas expediciones militares y, por otra, la renovada unidad de las fuerzas más emprendedoras del mundo oriental habían dado nuevo vigor a la iniciativa cruzada. Si la bizantina Chipre había sido una

En el Monte Carmelo

Tierra Santa era un lugar perfecto para retirarse a la soledad. El profeta Elías la había elegido -quién sabe cuántos siglos antes- precisamente por ello. Como consecuencia de las Cruzadas, algunos occidentales pensaron que había llegado el momento de convertirla nuevamente en un lugar de oración. Así, volvieron a aparecer en el Monte Carmelo aquellas silenciosas y fascinantes figuras de eremitas amantes del ascetismo y dedicados a la contemplación de Dios. Reunidos en una federación, estos eremitas, que no desdeñaban refugiarse en las cuevas del monte, obtuvieron del patriarca de Jerusalén una primera regla hacia 1209. Confirmada poco después por el papa Gregorio III, se convertiría en texto de referencia de una orden religiosa que sería muy afortunada también en Europa: la carmelita.

conquista, esencialmente, del inglés Ricardo Corazón de León (1191) –que después de la Tercera Cruzada había considerado oportuno cederla a una familia del lugar, los Lusignan– en el caso del nuevo reino de Cilicia. fue decisiva la decisión del soberano armenio León de reconocer la supremacía del emperador de Occidente (1198), para formar con los francos un frente común contra musulmanes y bizantinos.

Un paraíso feudal

Quien había de dirigir este resurgimiento no era ya la corona de Jerusalén, víctima de mil intrigas políticas, sino las familias más influyentes de la nobleza franca. En los comienzos del siglo XIII, se impuso la aristocracia, que contribuyó a conferir al Oriente latino una imagen de *paraíso del feudalismo*.

Los titulares de señoríos y feudos siempre se habían aprovechado de la debilidad de la corona, fenómeno que, a partir del reinado de Amalrico se generalizó. Desarrollando una poderosa conciencia de clase y coordinando su actuación política, consiguieron limitar las prerrogativas del soberano por medio de la *Curia Regis*, que pasó de ser la *Corte del Rey* a constituirse en asamblea de la nobleza. Con la posterior tutela de los privilegios así adquiridos mediante una densa red de normas jurídicas, limitaron a la corona a un papel marginal. De hecho, la *Curia Regis* se convirtió, sobre todo después del desastre de Hattin, en el órgano central de gobierno, manejado por una camarilla de cabezas visibles de una nobleza cada vez más rica y con intereses tanto políticos como económicos en todo el Oriente latino. En suma, una auténtica oligarquía.

La trayectoria de los Ibelin es muy significativa en este sentido. Partiendo de un pequeño feudo en las proximidades de Jaffa, del cual tomaron también su nombre, esta familia se forjó un Imperio de señoríos repartidos entre Jerusalén y Chipre. Todos sus miembros se sentaban en la *Curia Regis* de Nicosia y de Acre (la nueva capital del reino jerosolimitano, tras la pérdida de la Ciudad Santa). Hábiles políticos, los Ibelin promovieron una alianza entre la nobleza, las órdenes de caballería y las ciudades italianas, cuyos representantes fueron llamados a formar parte de

Saladino manda encadenar a los prisioneros cristianos tras la Batalla de Hattin, en 1187, según una miniatura medieval (París, Biblioteca Nacional).

la *Curia Regis*. Los caballeros Templarios, Hospitalarios y Teutones estaban encargados de salvaguardar las fronteras y fortalezas que servían para dominar y proteger el territorio. Estos monjes guerreros constituían la principal fuerza militar y su peso político se había consolidado con la construcción o reconstrucción de numerosos castillos, cada vez más fuertes.

co II Barbarroja (1128-1229), quien, a raíz de un ventajoso matrimonio con la heredera de la corona del reino de Jerusalén, trató de revitalizar el trono, nombrando delegados plenipotenciarios. Las batallas legales y una guerra civil quebraron los sueños de Federico. Pero estas alianzas cruzadas no siempre funcionaron. Pronto vinieron a menos, por causa de celos recíprocos y de

La nobleza limitó el poder del rey de Jerusalén mediante la *Curia Regis*, que se convirtió en el órgano de gobierno

Las ciudades italianas representaban la principal fuerza económica. Su aportación a la conquista inicial de Tierra Santa había sido recompensada con la concesión de barrios en las ciudades portuarias y privilegios fiscales. De este modo podían explotar las prósperas rutas comerciales que, desde Extremo Oriente pasando por Tiro, Acre y Chipre, llegaban a Europa.

Alianza del dinero y la espada

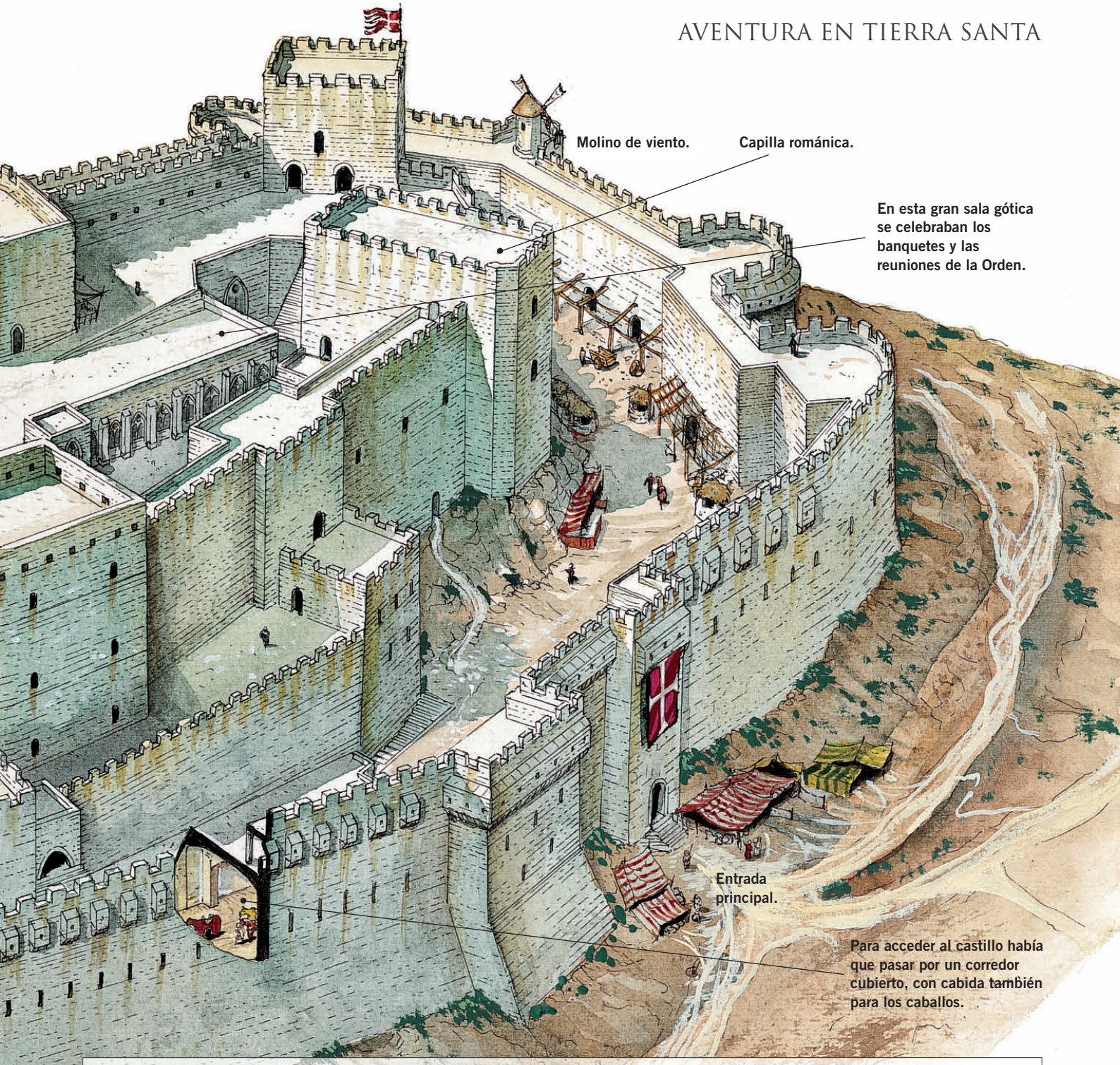
Sobre la base de la alianza entre barones, comerciantes y caballeros, se creó un delicado equilibrio de poder que garantizó una relativa tranquilidad en los Estados francos. Juntos formaron un frente común cada vez que veían amenazada su posición, como sucedió, por ejemplo, con la cruzada de Federi-

intereses políticos enfrentados. El particularismo se convertiría entonces en rasgo del reino de Jerusalén. Entretanto, en Egipto, los mamelucos, la nueva dinastía gobernante, preparaba el golpe final contra los Estados latinos. Aislando unas tras otra ciudades y fortalezas, los mamelucos dieron comienzo en 1263 a su larga marcha hacia la victoria. Conquistaron Antioquía en 1268 y Trípoli en 1289. De nada sirvió el desesperado intento de unir bajo el cetro de los Lusignan las coronas de Jerusalén y de Chipre. Acre capituló el 18 de mayo de 1291. El reino armenio de Cilicia se liberó poco a poco de la tutela occidental. El reino de Chipre, por el contrario, resistió aún mucho tiempo (1489), como postrer testimonio del Oriente latino. ■

El Krak de los Caballeros

Erigido hacia mediados del siglo XI por la Orden de los Caballeros Hospitalarios sobre una fortificación islámica anterior, el Krak (castillo-fortaleza en siríaco) es una de las estructuras defensivas más imponentes y complejas, hasta el punto de que Thomas Edwards Lawrence, Lawrence de Arabia, la definió como "el castillo mejor conservado y más admirable del mundo". El Krak se extiende por una superficie de 25.000 metros cuadrados y en la primera mitad del siglo XII podía albergar en sus estancias, terrazas e infinitas galerías hasta a dos mil hombres. Sometido a asedio numerosas veces, capituló finalmente en 1271, cuando la guarnición se reducía a un centenar de caballeros y la región no estaba ya ocupada por los cristianos.

En esta torreta ondeaba la bandera de los Hospitalarios.
Una amplia estancia, de 120 metros de largo por 8 de ancho, albergaba diversas dependencias de servicio.
Habitaciones del comandante de la guarnición.
Un foso en el interior del muro constituía, además de las grandes cisternas nuevas, una reserva de agua, utilizada sobre todo para los caballos.
Un acueducto reforzaba las cisternas del castillo.
Todo el recorrido de los muros exteriores estaba salpicado de barbacanas permanentes.


Molino de viento.
Capilla románica.
En esta gran sala gótica se celebraban los banquetes y las reuniones de la Orden.
Entrada principal.
Para acceder al castillo había que pasar por un corredor cubierto, con cabida también para los caballos.

Los monjes guerreros

Para lograr un mejor control del territorio, los francos dispusieron la construcción de obras fortificadas: torres de guarnición, pequeñas fortalezas, castillos. Estas construcciones servían como base para lanzar ataques por sorpresa y como centros de poder político y económico. Su número e importancia aumentaron con el auge de las órdenes de caballería. Consolidados en la primera mitad del siglo XII, los Templarios, los Hospitalarios y después los Teutones, se impusieron el deber de defender las fortalezas, bien relevando a los soberanos y señores en su gestión, bien construyendo otras nuevas. Presentes en todo el Oriente latino (Cilicia, Antioquía, Trípoli, Jerusalén), los monjes guerreros podían coordinar fácilmente sus iniciativas. Su situación económica, buena gracias a sus extensas posesiones en Occidente, les permitía disponer siempre de un contingente, en gran medida de mercenarios. Gracias a su riqueza, los caballeros pudieron garantizar la guarnición de los grandes castillos (Krak de los Caballeros para los Hospitalarios, *Château Pélerin* para los Templarios, Montfort para los Teutones), cuyo valor estratégico era crucial para la supervivencia de los Estados latinos. No fue casual que el sultán mameluco Baibars viera precisamente en esta fuerza el primer obstáculo que tenía que eliminar. Sometidos a un duro y eficaz asedio, estos castillos, alegría y orgullo del ejército cruzado, fueron destruidos uno tras otro, el Krak y Montfort en 1271; *Château Pélerin* en 1291, tres meses después de la pérdida definitiva de Acre.

conquista, esencialmente, del inglés Ricardo Corazón de León (1191) –que después de la Tercera Cruzada había considerado oportuno cederla a una familia del lugar, los Lusignan– en el caso del nuevo reino de Cilicia. fue decisiva la decisión del soberano armenio León de reconocer la supremacía del emperador de Occidente (1198), para formar con los francos un frente común contra musulmanes y bizantinos.

Un paraíso feudal

Quien había de dirigir este resurgimiento no era ya la corona de Jerusalén, víctima de mil intrigas políticas, sino las familias más influyentes de la nobleza franca. En los comienzos del siglo XIII, se impuso la aristocracia, que contribuyó a conferir al Oriente latino una imagen de *paraíso del feudalismo*.

Los titulares de señoríos y feudos siempre se habían aprovechado de la debilidad de la corona, fenómeno que, a partir del reinado de Amalrico se generalizó. Desarrollando una poderosa conciencia de clase y coordinando su actuación política, consiguieron limitar las prerrogativas del soberano por medio de la *Curia Regis*, que pasó de ser la *Corte del Rey* a constituirse en asamblea de la nobleza. Con la posterior tutela de los privilegios así adquiridos mediante una densa red de normas jurídicas, limitaron a la corona a un papel marginal. De hecho, la *Curia Regis* se convirtió, sobre todo después del desastre de Hattin, en el órgano central de gobierno, manejado por una camarilla de cabezas visibles de una nobleza cada vez más rica y con intereses tanto políticos como económicos en todo el Oriente latino. En suma, una auténtica oligarquía.

La trayectoria de los Ibelin es muy significativa en este sentido. Partiendo de un pequeño feudo en las proximidades de Jaffa, del cual tomaron también su nombre, esta familia se forjó un Imperio de señoríos repartidos entre Jerusalén y Chipre. Todos sus miembros se sentaban en la *Curia Regis* de Nicosia y de Acre (la nueva capital del reino jerosolimitano, tras la pérdida de la Ciudad Santa). Hábiles políticos, los Ibelin promovieron una alianza entre la nobleza, las órdenes de caballería y las ciudades italianas, cuyos representantes fueron llamados a formar parte de

Saladino manda encadenar a los prisioneros cristianos tras la Batalla de Hattin, en 1187, según una miniatura medieval (París, Biblioteca Nacional).

la *Curia Regis*. Los caballeros Templarios, Hospitalarios y Teutones estaban encargados de salvaguardar las fronteras y fortalezas que servían para dominar y proteger el territorio. Estos monjes guerreros constituían la principal fuerza militar y su peso político se había consolidado con la construcción o reconstrucción de numerosos castillos, cada vez más fuertes.

co II Barbarroja (1128-1229), quien, a raíz de un ventajoso matrimonio con la heredera de la corona del reino de Jerusalén, trató de revitalizar el trono, nombrando delegados plenipotenciarios. Las batallas legales y una guerra civil quebraron los sueños de Federico. Pero estas alianzas cruzadas no siempre funcionaron. Pronto vinieron a menos, por causa de celos recíprocos y de

La nobleza limitó el poder del rey de Jerusalén mediante la *Curia Regis*, que se convirtió en el órgano de gobierno

Las ciudades italianas representaban la principal fuerza económica. Su aportación a la conquista inicial de Tierra Santa había sido recompensada con la concesión de barrios en las ciudades portuarias y privilegios fiscales. De este modo podían explotar las prósperas rutas comerciales que, desde Extremo Oriente pasando por Tiro, Acre y Chipre, llegaban a Europa.

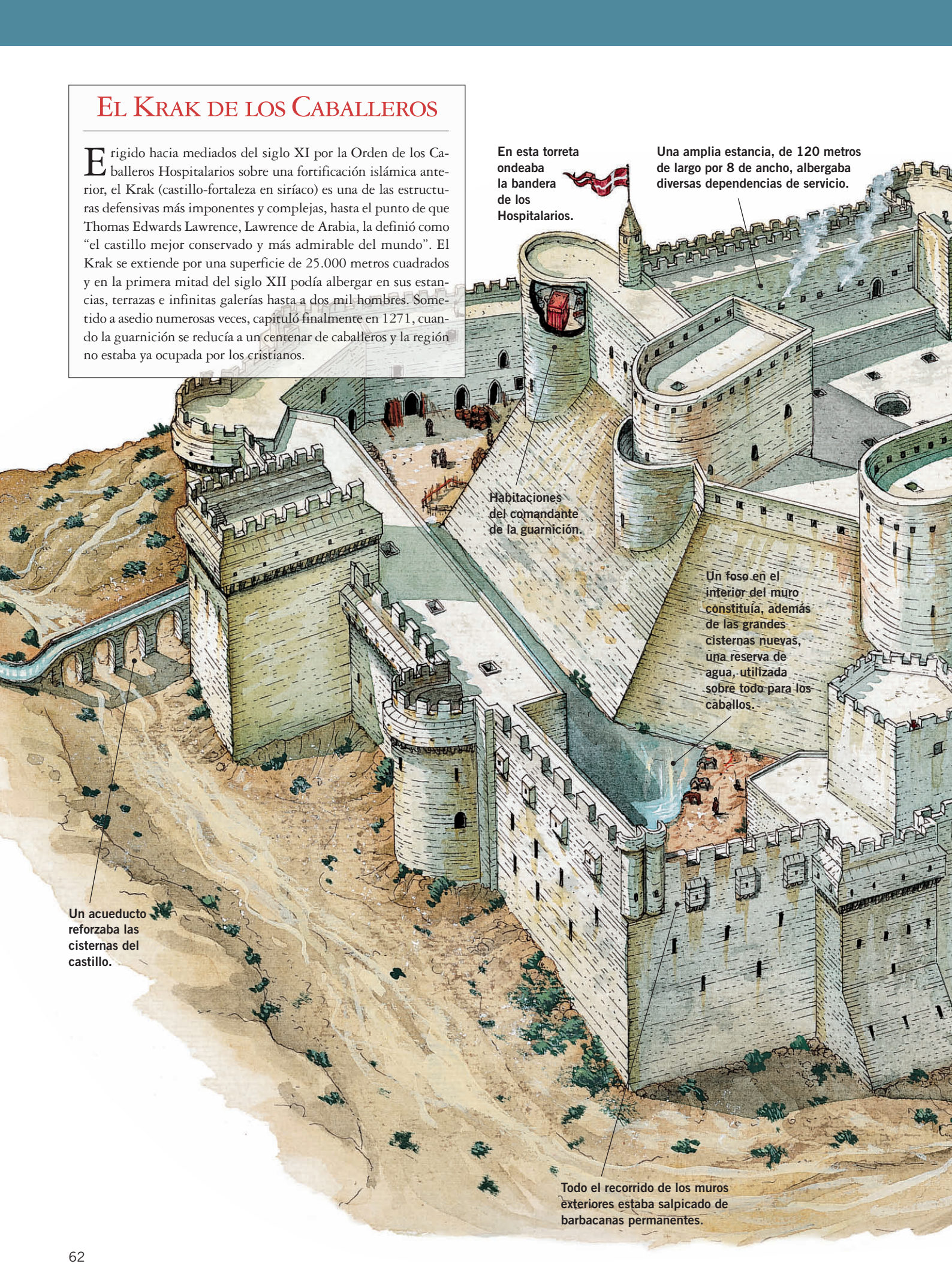
Alianza del dinero y la espada

Sobre la base de la alianza entre barones, comerciantes y caballeros, se creó un delicado equilibrio de poder que garantizó una relativa tranquilidad en los Estados francos. Juntos formaron un frente común cada vez que veían amenazada su posición, como sucedió, por ejemplo, con la cruzada de Federi-

intereses políticos enfrentados. El particularismo se convertiría entonces en rasgo del reino de Jerusalén. Entretanto, en Egipto, los mamelucos, la nueva dinastía gobernante, preparaba el golpe final contra los Estados latinos. Aislando unas tras otra ciudades y fortalezas, los mamelucos dieron comienzo en 1263 a su larga marcha hacia la victoria. Conquistaron Antioquía en 1268 y Trípoli en 1289. De nada sirvió el desesperado intento de unir bajo el cetro de los Lusignan las coronas de Jerusalén y de Chipre. Acre capituló el 18 de mayo de 1291. El reino armenio de Cilicia se liberó poco a poco de la tutela occidental. El reino de Chipre, por el contrario, resistió aún mucho tiempo (1489), como postrer testimonio del Oriente latino. ■

El Krak de los Caballeros

Erigido hacia mediados del siglo XI por la Orden de los Caballeros Hospitalarios sobre una fortificación islámica anterior, el Krak (castillo-fortaleza en siríaco) es una de las estructuras defensivas más imponentes y complejas, hasta el punto de que Thomas Edwards Lawrence, Lawrence de Arabia, la definió como "el castillo mejor conservado y más admirable del mundo". El Krak se extiende por una superficie de 25.000 metros cuadrados y en la primera mitad del siglo XII podía albergar en sus estancias, terrazas e infinitas galerías hasta a dos mil hombres. Sometido a asedio numerosas veces, capituló finalmente en 1271, cuando la guarnición se reducía a un centenar de caballeros y la región no estaba ya ocupada por los cristianos.


En esta torreta ondeaba la bandera de los Hospitalarios.
Una amplia estancia, de 120 metros de largo por 8 de ancho, albergaba diversas dependencias de servicio.
Habitaciones del comandante de la guarnición.
Un foso en el interior del muro constituía, además de las grandes cisternas nuevas, una reserva de agua, utilizada sobre todo para los caballos.
Un acueducto reforzaba las cisternas del castillo.
Todo el recorrido de los muros exteriores estaba salpicado de barbacanas permanentes.

Molino de viento.
Capilla románica.
En esta gran sala gótica se celebraban los banquetes y las reuniones de la Orden.
Entrada principal.
Para acceder al castillo había que pasar por un corredor cubierto, con cabida también para los caballos.

Los monjes guerreros

Para lograr un mejor control del territorio, los francos dispusieron la construcción de obras fortificadas: torres de guarnición, pequeñas fortalezas, castillos. Estas construcciones servían como base para lanzar ataques por sorpresa y como centros de poder político y económico. Su número e importancia aumentaron con el auge de las órdenes de caballería. Consolidados en la primera mitad del siglo XII, los Templarios, los Hospitalarios y después los Teutones, se impusieron el deber de defender las fortalezas, bien relevando a los soberanos y señores en su gestión, bien construyendo otras nuevas. Presentes en todo el Oriente latino (Cilicia, Antioquía, Trípoli, Jerusalén), los monjes guerreros podían coordinar fácilmente sus iniciativas. Su situación económica, buena gracias a sus extensas posesiones en Occidente, les permitía disponer siempre de un contingente, en gran medida de mercenarios. Gracias a su riqueza, los caballeros pudieron garantizar la guarnición de los grandes castillos (Krak de los Caballeros para los Hospitalarios, *Château Pélerin* para los Templarios, Montfort para los Teutones), cuyo valor estratégico era crucial para la supervivencia de los Estados latinos. No fue casual que el sultán mameluco Baibars viera precisamente en esta fuerza el primer obstáculo que tenía que eliminar. Sometidos a un duro y eficaz asedio, estos castillos, alegría y orgullo del ejército cruzado, fueron destruidos uno tras otro, el Krak y Montfort en 1271; *Château Pélerin* en 1291, tres meses después de la pérdida definitiva de Acre.

Privilegios de los FRANCOS

El europeo que se quedaba a vivir en Tierra Santa se convertía en parte de una minoría urbana privilegiada, protegida por las leyes y dueña de los resortes comerciales con Occidente. Pasaba a pertenecer, en definitiva, al grupo de los conquistadores

Godofredo de Bouillon, representado como fuente de poder de sus barones, en el *Libro de las Cruzadas* (Viena, Biblioteca Nacional).

Una ingente y vocinglera multitud, un ininterrumpido atracar de naves y una infinita serie de convoyes que se dirigen tierra adentro. De los barcos descienden tropeles de peregrinos ansiosos por visitar Tierra Santa y conseguir codiciadas reliquias, mezclados con mercaderes italianos, pendientes de sus negocios. Esa era la imagen del puerto de Acre, la ciudad más próspera del reino de Jerusalén, donde la actividad debía ser frenética. Algo similar ocurría en Tiro –siempre en competencia con Acre– Trípoli o Laodicea, puerto privilegiado de Antioquía. Los descendientes de los primeros cruzados se habían organizado muy bien. Los comerciantes y los artesanos dominaban con sus tiendas las calles próximas al puerto. Los mercaderes italianos, celosos defensores de sus intereses, preferían acotar un barrio propio y refugiarse en él, lejos de ojos indiscretos. Los empleados del municipio o de la Corona realizaban sus tareas inspectoras y recaudadoras. Todos parecían estar perfectamente de acuerdo, pues en los negocios conviene evitar tensiones inútiles. Por otra parte, había algo muy importante que los unía: eran todos de origen occidental y, por ello, les complacía identificarse como "francos" (en árabe, *al-franch*) que era, exactamente, como les denominaba la población autóctona, de la que estaban separados por su poder y prosperidad.

Nobles y burgueses

Ser franco indicaba mucho más que tener un simple origen geográfico común. Significaba privilegios, un patrimonio cultural y religioso bien definido y la pertenencia, en definitiva, al grupo de los conquistadores. Un grupo ligado por fuertes vínculos de solidaridad interna, a pesar de la división que existía entre una clase superior, la de los nobles titulares de señoríos y feudos, y la de los llamados burgueses. Más allá de toda posible ambigüedad, el término "burgués" señalaba en Oriente al occidental no noble, que gozaba, en general, de cuantiosas posesiones (*tenure en bourgage*) que podía administrar libremente. La actividad de estos ciudadanos estaba regulada por un derecho distinto del feudal, que era regulado por tribunales especiales ("corte de los burgueses"), según normas consuetudinarias. Sea cual fuese

Balduino I, conde de Edesa y primer rey de Jerusalén, tras la muerte de Godofredo, en una miniatura del siglo XV (Viena. Bib. Nac.).

El negocio de las peregrinaciones

Cuenta el viajero español Pedro Tafur, peregrino en Tierra Santa en 1437, que, llegados a Jerusalén, les mostraron la torre en la que Cristo se apareció a sus discípulos en forma de fuego; la capilla en la que el incrédulo Tomás metió la mano en el costado del Señor; la casa de la Virgen; el comedor de la Última Cena; el Santo Sepulcro; el agujero que sirvió para erigir la Cruz; el huerto del Prendimiento; el recodo donde se le apareció a la Magdalena y otros lugares tan maravillosos como fantásticos... donde los romeros eran esquilmados sin misericordia. 12,5 ducados pagó Tafur por estas visitas, que duraron dos días, una cantidad exorbitante, si se considera que el viaje Venecia-Jaffa, que había durado 25 días, le había costado 20.

En la narración de este viajero se observa que todo estaba escrupulosamente regulado: número de viajes, fecha de partida, precio, instrucciones al viajero, posadas bien equipadas, transporte, protección al peregrino, días en que los mercachifles podían vender sus *souvenirs* a los viajeros, etcétera. Todo lo cual indica que Tierra Santa en general y, sobre todo, Jerusalén, mantenían un enorme atractivo para los cristianos, al punto de que los viajeros debían ser algunos miles al año, constituyendo un excelente negocio, tanto para las autoridades musulmanes como para los monjes allí establecidos.

Era muy frecuente encontrar por las calles de las ciudades francas peregrinos, solos o en grupos, dando vueltas –igual que hoy– extenuados y un poco confusos. La afluencia de estos visitantes de Europa era casi ininterrumpida. Todos soñaban con poder visitar al menos una vez los Santos Lugares y parecía natural aprovechar las posibilidades ofrecidas por la institución de relaciones regulares con el Oriente latino. El itinerario más frecuente preveía el embarque entre marzo y septiembre, en los principales puertos meditarráneos (Barcelona, Marsella, Pisa, Génova, Venecia, Bari), desde los cuales, si todo iba bien, al cabo de un mes aproximadamente se podía llegar a Tierra Santa.

Frascos palestinos del siglo VI. Objetos como éstos se vendían como recuerdo a los peregrinos (Monza, Tesoro de la Basílica).

En torno a las peregrinaciones se desarrolló un floreciente comercio de *souvenirs* que ofrecía desde reliquias, casi siempre falsas, hasta las famosas palmas de Jericó, que acompañaban al peregrino en su regreso a casa, identificándolo como *palmero*. Algunos viajeros compusieron guías e itinerarios para ayudar a los peregrinos en su dificultoso camino; y muchos de ellos dejaron testimonio escrito de su peregrinación.

su origen étnico –normando, provenzal, flamenco, italiano– o social, todos eran considerados como francos. Al principio, esto acarreó dificultades, por ejemplo de tipo idiomático. Pero, con el paso del tiempo, se definió una identidad precisa y el francés *d'oil* se convertiría en la lengua oficial.

Los francos prefirieron afincarse en las ciudades. En Siria y Palestina, la vida urbana se había mantenido activa y los francos ocuparon los diversos los centros neurálgicos, adaptándolos a sus propias exigencias.

Las ciudades costeras

El tejido urbano fue, por tanto, reorganizado con la construcción, por ejemplo, de nuevos barrios con iglesias y espacios comerciales cada vez más amplios. Muchas de estas ampliaciones se dedicaron a obras defensivas –torres, murallas y fosos–, pero en algunos casos las ciudades carecían por completo de estos elementos y, como ocurrió en Acre, hubieron de expandirse considerablemente para subsanar esas limitaciones. La economía fue el elemento determinante para que las ciudades conservaran un papel destacado en la

CRONOLOGÍA

1095. En el Concilio de Clermont, el papa Urbano II insta a la liberación de Jerusalén.

1098-99. Los cruzados fundan, en Siria y Palestina, los primeros Estados latinos: condado de Edesa (Balduino de Bolonia), principado de Antioquía (Bohemundo de Altavilla) y reino de Jerusalén (Godofredo de Bouillon).

Urbano II, en una miniatura del siglo XII.

1100. Balduino, tras confiar Edesa a su cuñado Balduino de Bourg, marcha a Jerusalén a recoger la herencia de su hermano Godofredo. En lugar de conservar el título de *Advocatus Sancti Sepulchri,* se hace proclamar monarca del reino latino de Jerusalén.

1109. Con la conquista de Trípoli, en la cual participa también Balduino, Beltrán de Saint-Gilles concluye el proyecto de fundar un nuevo asentamiento latino, el condado de Trípoli.

1124. Con ayuda de la flota veneciana, se conquista la ciudad de Tiro.

1144. Imad ad-Din Zengi, *atabeg* (gobernador) de Alepo y Mosul, conquista Edesa.

1153. Último gran éxito de un rey de Jerusalén: Balduino III ocupa Ascalón.

1154. Nur ad-Din, hijo y sucesor de Zengi, conquista Damasco, asumiendo pleno dominio de la Siria musulmana.

1162. Con la promulgación de las Leyes sobre el homenaje de los vasallos, el rey Amalrico decreta que todos los feudatarios han de considerarse vasallos de la Corona. La disposición resultó contraproducente y debilitó la autoridad real, favoreciendo el ascenso de la nobleza.

Concilio de Acre y sitio de Damasco. Segunda Cruzada.

1174. Tras la muerte de Nur ad-Din, uno de sus más poderosos generales, Salah ad-Din (Saladino), logra unificar bajo su autoridad Siria y Egipto.

1187. Saladino entra en Jerusalén. Acorralados por la acometida militar, los francos sólo consiguen conservar las ciudades de Tiro, Antioquía,

colonización franca. No fue casual que los centros más importantes y populosos, como Tiro, Acre y Famagusta, –en Chipre– fuesen ciudades costeras, que, en general, contaban con la ventaja añadida de hallarse en encrucijadas del comercio internacional. La animada vida que caracterizaba a estos centros y las posibilidades económicas que ofrecían el comercio y las actividades productivas constituyeron un estímulo suficiente para hacer que la población se concentrara en ellas.

Los francos no se limitaron, sin embargo, a ocupar ciudades o a construir fortalezas, sino que fueron capaces asimismo de experimentar, sobre todo en el reino de Jerusalén, nuevas formas de asentamientos rurales.

Núcleos como el Casal Imbert (entre Acre y Tiro) y Magna Mahomeria (no lejos de Jerusalén), surgieron junto a los preexistentes –siempre inferiores en número y en importancia poblacional– respecto a los cuales conservaron una fisonomía diferente. Los nuevos asentamientos francos, planificados desde su nacimiento, dotados de iglesias, molinos para el grano y el aceite, siempre estaban próximos a las vías de comunicación o a las fortalezas que los protegían –si no constituían ellos mismos las fortalezas que dominaban la zona–. En general, presentan bastantes analogías con nuevas poblaciones europeas: los campesinos allí afincados gozaban de ayudas e incentivos, igual que los que se aventuraban a colonizar nuevos territorios en Europa.

Mercaderes y peregrinos ante Jerusalén, en una miniatura de *Passages d'Outremer*, del siglo XV (París, Biblioteca Nacional).

La puesta en cultivo de nuevas tierras no servía tanto para garantizar el suministro de la ciudad, para el cual bastaba la producción rígidamente controlada de los pueblos indígenas, como para incentivar el cultivo de la vid y la producción de caña de azúcar, de las cuales se obtenían cosechas de mucha demanda en el mercado occidental. La imagen de un *Eldorado* oriental para enriquecerse con su conquista y colonización sería, en cualquier caso, muy exagerada: el principal problema que afligió a los Estados latinos fue, precisamente, su precariedad demográfica.

Una minoría

La inmigración occidental fue siempre modesta. Las perspectivas para un noble que quisiera establecerse en Ultramar no eran maravillosas. Las guerras continuas y los recelos por parte de la nobleza franca bastaban las más de las veces para desanimar a los mejor intencionados. Más consistente fue, por el contrario, la inmigración desde toda Europa de sencillos campesinos o de gentes que nada tenían y que, aprovechando una nueva Cruzada, se trasladaban a Oriente para ser tal vez recompensados con la concesión de un terreno. Cálculos aproximados –las fuentes no son de gran ayuda en este sentido– estiman que los occidentales residentes en Palestina, la zona principal de asentamiento, fueron en el mejor de los casos unos 100.000 ó 150.000, con un porcentaje sobre la población total que oscilaría entre el 15 y el 25 por ciento. Esta modesta cifra estaba destinada a reducirse paulatinamente, sobre todo en el transcurso del siglo XIII. Desde el punto de vista numérico, los francos fueron siempre una minoría, no sólo en comparación con los musulmanes, sino también con los cristianos autóctonos. ■

Trípoli y los castillos del Krak de los Caballeros y Margat.
1189-92. La Tercera Cruzada permite a los Estados latinos recuperar parte de sus antiguos territorios. El reino de Jerusalén, notablemente reducido, sitúa su nueva capital en Acre. Antioquía y Trípoli se unen bajo el cetro de Bohemundo IV de Antioquía. Guido de Lusignan, el expulsado rey de Jerusalén, conquista la isla de Chipre.
1198. León I recibe la corona de manos de los representantes del Emperador de Occidente. A la ceremonia asiste una delegación enviada por el Pontífice. Nace el reino armenio de Cilicia.
1202-04. Cuarta Cruzada. Conquista de Bizancio y fundación del Imperio latino de Oriente.

Saladino toma Jerusalén, miniatura persa del s. XV.

1228-29. Cruzada de Federico II. Con el tratado de Jaffa, el Emperador obtiene la restitución de Jerusalén y de una pequeña zona que comprende también Nazaret y Belén.
1244. Los mercenarios de Jorasán, a sueldo del sultán de Egipto, vuelven a ocupar Jerusalén e infligen una grave derrota al ejército franco en la Batalla de Forbie (Herbiya).
1250-54. Tras una fracasada expedición a Egipto, Luis XI de Francia se detiene en Tierra Santa, iniciando un impresionante programa de fortificaciones (Acre, Cesarea, Haifa, Jaffa, Sidón).
1256-1. Guerra de San Saba, entre las ciudades marítimas italinas. Se pone de manifiesto la fragmentación política de los Estados latinos.
1260. El sultán mameluco Baibars detiene en Siria el avance mongol en la Batalla de Ain Jalut.
1286. Después de largos períodos de vacío y agrias contiendas, en las que había tomado parte Carlos de Anjou, el trono de Jerusalén es entregado a Enrique II Lusignan, rey de Chipre.
1291. Acre cae en manos del sultán Al-Ashraf.
1489. Venecia conquista la isla de Chipre.
1571. Chipre cae en poder de los otomanos.

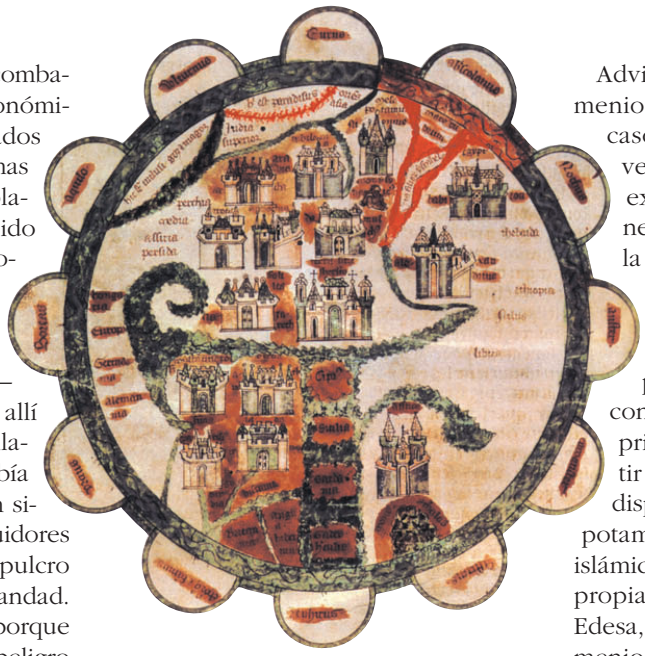
Fortificación cruzada e Iglesia de San Juan, en **Acre**.

Difícil CONVIVENCIA

Soldados de infantería se disponen a participar en las Cruzadas, en una miniatura del siglo XIII (París, Biblioteca Nacional).

Los cruzados no estaban preparados para tratar con la multitud de iglesias cristianas que hallaron en Oriente y se vieron forzados a experimentar fórmulas de convivencia, no sólo con judíos y musulmanes, sino con otras maneras de interpretar su propia fe

Los occidentales, fuesen combatientes o emigrantes económicos, no estaban preparados para afrontar los problemas de la convivencia con otras poblaciones. Poco a poco, se habían ido adentrando en Oriente bajo el ropaje de cruzados, para encontrarse con una realidad que les dejó pasmados. Tierra Santa –esto era lo que sabían al principio– era un sitio importante porque allí había nacido Cristo; en él se hallaban los Santos Lugares, donde había discurrido su vida y que llevaban siglos en manos de los infieles seguidores de Mahoma. Liberar el Santo Sepulcro era un deber urgente de la cristiandad. Más aún, una tarea apremiante, porque el avance turco había puesto en peligro al Imperio bizantino, que suplicaba ayuda a Occidente. Descubrir que en Oriente Medio había muchas comunidades cristianas autóctonas constituyó una verdadera sorpresa para los cruzados, ya que no podían considerar a todos los cristiano-orientales como un grupo homogéneo.



Mapamundi con Jerusalén en el centro; Europa, a la izquierda, y África, a la derecha, siglo XIII (París, Biblioteca de Santa Genoveva).

Los cristianos de Oriente

Las comunidades cristianas de Oriente habían conservado su propia identidad bajo la dominación musulmana, sus específicas tradiciones culturales y hasta lingüísticas. "Cristiano" significaba en Oriente algo genérico: griegos ortodoxos, jacobitas, armenios, maronitas y un largo etcétera eran todos cristianos y, sin embargo, tenían una organización eclesiástica, unos ritos y un patrimonio doctrinal distinto. Todos hablaban árabe, pero unos celebraban en griego y otros en siríaco. Los ortodoxos habían puesto en tela de juicio la comunión con la Iglesia latina (1054). Los jacobitas y los armenios profesaban abiertamente una doctrina herética que afirmaba la existencia en Cristo solamente de la naturaleza divina (monofisismo), mientras que de los orgullosos maronitas libaneses se sabía poco o nada. Puede imaginarse la confusión de los cruzados ante tal situación: en un principio, estuvieron a punto de tachar a todos de herejes. Con el tiempo, fueron desarrollando un conocimiento más matizado y el término *sirios*, con el que hasta entonces se había definido genéricamente a todos los cristianos locales, se aplicó principalmente a los de rito ortodoxo.

¿Qué actitud debían adoptar frente a todas estas comunidades? Como principio básico, los francos no establecían distinciones entre los nativos del lugar, fuesen cristianos o musulmanes. La preeminencia correspondía sólo a quienes formaban parte del grupo de los conquistadores. No obstante, esta política tuvo sus matices y excepciones importantes. Concluyeron que sería útil para todos llegar a un compromiso, por lo que tomaron en cuenta las necesidades e intereses de ambas partes.

Adviértase la importancia de los armenios para el Oriente latino. En su caso, no se trató sólo de una convergencia de intereses sino de una experiencia diferente y, a su manera, original. En la fase inicial de la conquista cruzada, los armenios –cuyo antiguo reino, la Gran Armenia, a orillas del lago Van, había sido en buena parte ocupado por los turcos–, habían contribuido al surgimiento de las primeras posesiones latinas, a partir de sus pequeños principados, dispersos entre Cilicia, Siria y Mesopotamia, para protegerse del avance islámico, pero tratando de conservar su propia autonomía. En el condado de Edesa, por ejemplo, el componente armenio, mayoritario, mantuvo siempre una dirección política propia, a la que hubo de ajustarse la nobleza franca.

La reunificación de los distintos señoríos armenios y la decisión de León el Magnífico de reconocer la soberanía del Emperador de Occidente y la autoridad del Pontífice cambiaron radicalmente esta actitud. El nacimiento del reino de Cilicia (1198) supuso una política integradora; no se trató sólo de una elección oportunista provocada por el acoso bizantino o musulmán. El reino de Cilicia, de hecho, se integró en la esfera política del Oriente latino, convirtiéndose en su componente más dinámico.

Los soberanos armenios promovieron alianzas matrimoniales con las dinastías reinantes en los Estados francos. Desarrollaron una política propia que los condujo, por una parte, a intentar una alianza con los mongoles contra los mamelucos y, por otra, a extender su influencia al fronterizo principado de Antioquía. También es interesante observar cómo las instituciones feudales del mundo franco fueron adoptadas por los armenios con todo el conjunto de costumbres –legislación,

órdenes de caballería– que desde siempre lo caracterizaban.

Gracias a la influencia de la tradición occidental, Cilicia desarrolló una intensa actividad artística y cultural. Los hábiles orfebres y miniaturistas armenios enriquecieron sus temas tradicionales. El carácter excepcional de la experiencia armenia coincide con su capacidad de conservar, aun en la riqueza de estos intercambios, una identidad específica, religiosa además de cultural. La unión entre la Iglesia latina y la armenia no se llevó nunca a cabo, al menos en los términos en los que era previsible.

Jacobitas y ortodoxos

No todas las comunidades cristianas tuvieron la fortuna de poderse identificar con un Estado propio, a través del cual definir sus relaciones con los francos. Los jacobitas y los ortodoxos, por ejemplo, vivían circunstancias muy distintas. Dispersos por ciudades y aldeas, sobre todo de Siria, no llegaron a establecer una relación precisa con los francos. Por un lado, nunca fueron equiparados a éstos, ni social ni jurídicamente –las barreras que separaban a los occidentales de la población local solían ser insuperables–. Por otro, sus relaciones fueron ambiguas incluso en

Un hebreo pone aceite en uno de los siete brazos de una *menorá* (Londres, British Library).

lo que les unía: la convivencia en el mismo territorio y la confrontación con el habitual enemigo común, el turco. Los cristianos autóctonos y los francos desarrollaron relaciones tan mutables que ni se pueden calificar de convivencia pacífica ni de hostilidad recíproca, pues hubo momentos de tensión –que a veces degeneraron en persecuciones– y otros de general acuerdo. Por ejemplo, en Antioquía la situación de la Iglesia ortodoxa –cuyos fieles, conocidos como *melquitas*, eran de origen griego o sirio– cambiaba según la política del Imperio bizantino. Si había tensión entre el príncipe franco y Emperador bizantino, los ortodoxos pagaban los platos rotos; a una fase de buenas relaciones –Manuel Comneno fue, por algún tiempo, señor de Antioquía– correspondía una mejoría de relaciones y una amplificación de libertades. En este tipo de relación, resultaba decisivo el empeño de un hombre capaz, como Amalrico de Limoges, patriarca de Antioquía que, en 1182, patrocinó la unión de la Iglesia latina y la maronita. Esta unión ya no se rompió.

La constitución de una jerarquía eclesiástica latina, característica que destaca como una de las más interesantes de los Estados francos, fue uno de los elementos que más influyeron en las relaciones con las comunidades cristianas locales. Para las antiguas cátedras de Antioquía y Jerusalén, los francos nombraban patriarcas latinos, cuya misión era coordinar la organización de los episcopados, parroquias y monasterios dependientes de sus diócesis. De esta forma, la Iglesia latina desempeñó un papel muy delicado en la relación con los diversos ritos de los cristianos orientales, cada uno de

Separados en Cristo

Fue en Siria, exactamente en Antioquía, donde se llamó por primera vez "cristianos" a los discípulos de Jesús. En esta misma región, se desarrollaron las primeras comunidades cristianas y de ella partieron los misiones que evangelizaron Europa. En Siria, se concretaron las polémicas doctrinales y teológicas que darían origen a las primeras divisiones religiosas. Ya en 451, el Concilio Ecuménico de Calcedonia hubo de afrontar la cuestión del monofisismo, una herejía que logró difundirse a pesar de la condena oficial. La mayor parte de la población siria, de hecho, no aceptó las deliberaciones conciliares en lo tocante a la naturaleza de Cristo –la ortodoxia reconocía la existencia en la persona de Cristo de dos naturalezas, una divina y otra humana, perfectas e inseparables– y siguió profesando sus propia doctrina, denominada monofisismo –una sola naturaleza de Cristo, la divina–. Jacobo Baradeo, obispo de Edesa (531-578), fue el organizador de la Iglesia siria, que en su honor vino a ser llamada jacobita. Con todo, una pequeña minoría de la población siria prefirió atenerse a las decisiones del Concilio y por ello recibió el calificativo de "melquita" (la palabra siríaca *melk* significa rey). Es decir, partidaria del emperador bizantino, a

Basílica del Santo Sepulcro, en Jerusalén. En ella, las diferentes Iglesias cristianas acordaron alternarse en los oficios litúrgicos.

cuya autoridad correspondía tradicionalmente el deber de garantizar la ortodoxia. Hacia la misma época en la que se estaba formando la Iglesia jacobita, se derivaron del monofisismo otras dos Iglesias, la copta y la armenia. En el caso de la segunda, se trataba de la adhesión a una doctrina específica por parte de una de las iglesias cristianas nacionales más antiguas. Armenia, gracias a las predicaciones de san Gregorio el Iluminador, se había convertido al cristianismo en los primeros años del siglo IV.

Entre quienes aceptaron los dictámenes del Concilio de Calcedonia y quienes los rechazaron, se produjo una auténtica ruptura. Pero también entre los llamados "calcedonios" afloraron muy pronto tensiones e incomprensiones. La Iglesia latina, cada vez más vinculada con Roma, y la ortodoxa, próxima al Imperio Bizantino, iniciaron un progresivo distanciamiento, que el patriarca Miguel Cerulario formalizó finalmente en 1054.

los cuales poseía una organización eclesiástica propia. La Iglesia latina no impuso la obediencia y el rito romanos y no intervino demasiado en los asuntos internos de las Iglesias orientales. Cada una tenía su clero, templos y fieles propios y conservaba su jerarquía, con tal que reconociese la supremacía de la latina. A los obispos ortodoxos, al patriarca jacobita y al armenio se les garantizaba la jurisdicción sobre el clero de su propio rito, así como la administración de las respectivas comunidade.

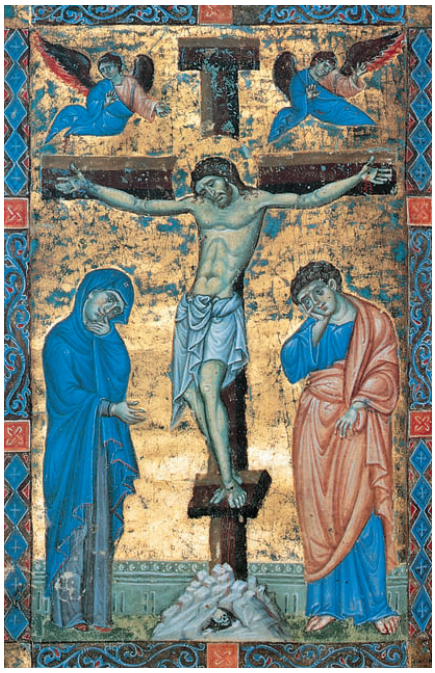
En la Basílica del Santo Sepulcro, se instituyó una singular forma de alternancia en los oficios litúrgicos. Pero las relaciones entre las distintas comunidades no eran muy amistosas. La preeminencia de la Iglesia latina causó grandes tensiones y la que más lo sufrió fue la jerarquía ortodoxa, que se vio subordinada y casi privada de sus privilegios. Sin embargo, aunque pueda resultar paradójico, la Iglesia jacobita, de credo monofisista como la armenia y, por tanto, herética, mejoró su posición respecto a sus rivales históricos, los ortodoxos a quienes acusaron –azuzados por los francos– de estar a sueldo de Bizancio.

Muchos eran, pues, los problemas, también de naturaleza religiosa, que planteaba la convivencia con otras poblaciones. El gobierno franco no siempre pudo darles una solución adecuada. En el caso de las distintas comunidades cristianas, se aprovechó de los celos que las separaban, optando por una política más bien ambigua. La no intervención en los asuntos de la sociedad civil, como se había hecho en el ámbito religioso, sirvió para sostener el equilibrio en el que se apoyaba su dominio. La relativa autonomía garantizada en el campo administrativo –a través de los tribunales locales, "tribunales de *rais*"– fue también reconocida a algunas poblaciones no cristianas.

De ese trato, fueron excluidos los musulmanes –el grupo más coherente de Palestina-Siria– y los hebreos. La autoridad cruzada, en su aplicación de las normas no escritas de la convivencia, mantuvo hacia ellos actitudes mucho más limitadoras. A ambos grupos se les prohibía residir en Jerusalén y estaban sujetos a un impuesto especial.

Los francos mantuvieron su preeminencia, conservando privilegios y derechos que a los demás nunca se les reconocieron.

Miniatura armenia de 1569, en la que aparecen juntos San Gregorio, el rey Tiridate, el papa Silvestre I y Constantino.



La Crucifixión, en una miniatura de un **misal de San Juan de Acre**, de finales del siglo XIII (Perugia, Biblioteca Capitular).

Lejos de liberar a la Iglesia oriental, los cruzados en Tierra Santa se comportaron como opresores de las minorías cristianas

La compleja conversión

El único modo de superar este obstáculo era la conversión, pero presentaba problemas, tanto por la oposición del gobierno franco, como por la de las comunidades locales, que temían por su propio patrimonio cultural y religioso. Con todo, hubo experiencias interesantes, como la *Cour de la Fonde*, el Tribunal del Mercado, que se ocupaba de resolver los problemas entre las distintas comunidades, pero que, sobre todo, protegía a la población franca, con sus instituciones políticas y administrativas, con sus propiedades señoriales y burguesas, con su lengua y su cultura procedentes de Europa. Los francos, en suma, mantuvieron una posición de superioridad, que a veces se aproximaba a las aspiraciones de la población cristiana, sobre todo si crecía la presión otomana o árabe. Este comportamiento era poco acorde con el espíritu de la cruzada predicado por los papas, que consistía en la *liberatio Orientalis Ecclesiae*. Lejos de eso, los latinos en Oriente se comportaron como opresores. Esta paradoja nunca se resolvió, por la incapacidad de los francos para comprender los problemas que planteaba una realidad rica en identidades y tradiciones diversas.

Ultramar, como se denominaba en Occidente al Oriente latino, halló su originalidad en estas contradicciones. En pocas ciudades del Occidente medieval cristiano convivían sus nobles, comerciantes y artesanos con comerciantes musulmanes, artesanos hebreos y tenderos de diferentes confesiones cristianas. También eran escasos los matrimonios mixtos; las comunidades rurales de distinta religión que trabajaran juntas; los lugares de culto comunes para creencias diferentes... Eso, sin embargo, fue lo normal en el Oriente latino, una especie de laboratorio tan rudimentario como interesante, donde se experimentó con una cuestión tan poco medieval como era la de la convivencia. ■

Deseada por todos
¡OH, JERUSALÉN!

La capital de David y Salomón es una ciudad santa para judíos, cristianos y musulmanes. **David Solar** recorre sus numerosos avatares históricos, hasta desembocar en el conflicto que hoy ensangrienta sus calles

Ninguna ciudad ha suscitado más conflictos ni sufrido más asedios, destrucciones e incendios. Ninguna ha presenciado más muerte, ni más historia, ni provocado mayores pasiones. Ella encierra el corazón de las tres grandes religiónes monoteístas: "El año que viene, en Jerusalén", clamaban los judíos al celebrar la Pascua en su cautividad de Babilonia... y siguen haciéndolo aún en su diáspora, pese a la existencia del Estado de Israel desde 1948. "¡Dios lo quiere!", gritaban los cruzados cuando batallaban por conquistarla. "La santa", al-*Quds*, la denomina el Islam, considerándola uno de sus su centros religiosos más importantes. Fe, intolerancia, amor, odio, envidia, codicia, furia... Cuantas pasiones anidan en el corazón humano configuran su áspera naturaleza desde el comienzo de los siglos.

Dicen que Abraham contempló su fundación. Fue, según la tradición, la capital de David en torno al año mil antes de Cristo. Salomón la engrandeció, confirmando su capitalidad con la edificación del templo, donde fue depositada El Arca de la Alianza.

Los herederos de Salomón desbarataron el reino y Jerusalén perdió importancia política, pero conservó su jerarquía espiritual. A partir de esa época, comenzó a ser la presa predilecta de los sucesivos conquistadores que dominaron la región: Asiria, en el siglo VII a.C., y Babilonia, en el siguiente. Jerusalén fue incendiada por Nabucodonosor, sus habitantes, deportados y el Templo, destruido. Liberados por Ciro, los judíos reconstruyeron su ciudad santa, la protegieron con murallas y levantaron un Templo... Los persas interrumpieron la independencia y la reconstrucción y, cuando pasó su apogeo, un nuevo conquistador, Alejandro Magno, se enseñoreó de Jerusalén. Luego fue tributaria de los ptolomeos egipcios y de los seleucidas sirios, pero siempre, el epicentro de la espiritualidad judía. Incluso aquellas comunidades afincadas en Asia Menor y Egipto subían anualmente a Jerusalén para celebrar la Pascua. El sirio Antíoco IV volvió a pasarla por la prueba del fuego, tras saquear el Templo. Eso originó el levantamiento de los Macabeos, héroes de la efímera grandeza asmonea, con Jerusalén como capital. De su época data un pasadizo, olvidado hasta que Netanyahu lo abrió en 1996, provocando importantes disturbios con los palestinos.

Un grupo de judíos reza ante el **Muro de las Lamentaciones** de Jerusalén, en una postal de principios del siglo XX.

El puño de Roma

Nuevos conquistadores, los romanos se establecieron en Palestina y, en el año 63 a.C., el cónsul Pompeyo el Grande hizo su entrada en Jerusalén. Políticamente, fue dependiente de Damasco y Roma sólo le dedicó una guarnición acantonada en la Torre Antonia, vigilante de aquel pueblo reducido, pobre y dividido, pero famoso por su vigor y carácter independiente. La ciudad mantuvo su rango espiritual y fue embellecida al socaire de una época de prosperidad y de la habilidad de Herodes, reyezuelo al servicio de Roma, al que los judíos agradecieron con el calificativo de *Grande* la edificación de un nuevo Templo y algunas obras públicas. Durante su reinado nació Cristo, que

---

David Solar es periodista, autor de *Sin piedad, sin esperanza.*

Trabajos de **reconstrucción de la muralla de Jerusalén**, ordenados por Godofredo de Bouillon, tras la conquista de la ciudad, en 1099.

fue crucificado junto a Jerusalén, confiriéndole una doble santidad. De Herodes, aparte de su memoria evangélica, quedan los cimientos de su Templo, el *Muro de las Lamentaciones*, el lugar más sagrado para los judíos.

La sublevación de los zelotas, que pasaron a cuchillo a la guarnición de la Torre Antonia en el año 66 d.C., determinó la durísima respuesta romana; Vespasiano y Tito asolaron Palestina y, en el verano de 70 d.C., Jerusalén fue incendiada y reducida a escombros. Los judíos que no murieron, fueron deportados y sólo quedaron en Palestina núcleos dispersos que, poco a poco, fueron reconstruyendo el hogar judío en un período de relativa calma, durante el que la prohibida actividad política fue sustituida por la religiosa. Mas Jerusalén no recuperó su esplendor, porque Simón Bar-Kojba se sublevó en 132 d.C. para impedir la reconstrucción, ordenada por el emperador Adriano, como urbe romana, con el nombre de Aelia Capitolina.

Roma diezmó a la población y deportó a los supervivientes. La Explanada del Templo –donde hoy se levantan las mezquitas– fue consagrada a Júpiter y Venus; la religión mosaica, la circuncisión y la observancia del sábado, quedaron prohibidas; la entrada de judíos en Jerusalén se castigaba con la muerte.

Jerusalén, destruida, despoblada y sin culto, perdió importancia. Los pocos judíos que permanecieron en Palestina eran pobres agricultores en el interior, pescadores en el lago de Tiberíades o en la costa, donde también resistían algunos comerciantes. Cuando los persas penetraron en Palestina, en el 614, había en la región unos 250.000 habitantes, de los cuales sólo una quinta parte era judía y el resto descendía de otros pueblos de la región: filisteos, edomi-

Puerta de Damasco, en la muralla de Jerusalén. En el siglo VIII, la ciudad fue fortificada por los musulmanes, bajo los que recuperó su viejo esplendor.

tas, moabitas, árabes, fenicios y descendientes de romanos y algunas comunidades de anacoretas cristianos.

La conquista árabe reactivó Palestina, que volvió a ser tierra de paso para los ejércitos que se movieron camino de Egipto y el Norte de África. Renació la actividad portuaria, comercial y caravanera; nacieron nuevas ciudades y Jerusalén fue convertida en tres veces santa, pues desde ella ascendió al cielo el profeta Mahoma. En la Explanada del Templo, sobre los cimientos de éste y de otros santuarios paganos, se levantaron dos mezquitas: la Cúpula de la Roca, del año 691, y la de al-Aqsa, del año 780, que se hallan entre las más antiguas y veneradas por los musulmanes. Jerusalén fue poderosamente fortificada y recuperó su viejo esplendor bajo el poder y la cultura islámicos.

Los judíos tenían escasa importancia, en Palestina, pero lejos de la *Tierra Prometida* incrementaban su número e influencia, mantenían su cohesión y su religión y apenas se mezclaban con los habitantes de los países donde residían. Mantenían el deseo del retorno, mas la frase "El año que viene, en Jerusalén" se convirtió casi sólo en un rito.

Así estaban las cosas, cuando, en el año 1095, el papa Urbano II pidió a los príncipes cristianos que rescataran los santos lugares de manos musulmanas. Una oleada de fe y entusiasmo barrió europa y, al grito de "¡Dios lo quiere!", numerosas mesnadas señoriales se encaminaron hacia Tierra Santa. Tras grandes vicisitudes, los cruzados, unos 1.200 caballeros y 12.000 infantes, alcanzaron Jerusalén. Su victorioso asedio sólo se explica por la división de los musulmanes, incapaces de oponerles un frente común. El viernes 15 de julio de 1099, los jefes cristianos asaltaron y tomaron la ciudad, pasando a cuchillo a su guarnición. Dice la leyenda que por las calles corrían arroyos de sangre. Mientras duró el reino de Jerusalén, la ciudad estuvo prohibida para musulmanes y judíos.

A finales del siglo XIII, con la pérdida de San Juan de Acre, concluyó la presencia franca en Tierra Santa, que regresó a su pretérita rutina. Paulatinamente, comenzó a cobrar importancia una rentable y pacífica actividad: el peregrinaje religioso de los cristianos a los Santos Lugares, organizados y protegidos por las autoridades islámicas, que mimaban aquella industria.

Crónica apasionada de una tragedia

Sin piedad, sin esperanza comienza con el estruendo de los cañones que bombardean el cuartel general de Yaser Arafat en Ramala, en la primavera pasada, una imagen imborrable de la prepotencia con que Ariel Sharon reinterpretó a su antojo la lucha antiterrorista tras el *11-S*, y que ha colocado a Oriente Medio al borde del peor abismo de la última década.

El vibrante análisis de David Solar del largo conflicto palestino coloca al lector desde el principio en primera línea de fuego de una guerra interminable. Lo logra mediante la recreación de escenas, como la descrita o como la del soldado israelí que se suicida, abrumado por su conciencia de culpa ante la matanza de tantos inocentes.

El impacto visual de la obra se mantiene a lo largo de la minuciosa reconstrucción de la tragedia, que desde las raíces del problema –la concepción religiosa judía que considera que la tierra de Israel es un regalo de Dios a Abraham–, pasando por la diáspora, el origen del sionismo, el protectorado británico, el Holocausto y la creación del Estado de Israel, nos trae al presente en una densa y rica crónica de los acontecimientos.

Sin piedad, sin esperanza es la continuación de otro trabajo del mismo autor, *El laberinto de Palestina*, de 1997, cuyo contenido se revisa, se prolonga hasta el pasado más inmediato y sale reforzado por un abrumador aparato crítico, que apuntala cada una de las afirmaciones de Solar. Esta guía del conflicto viene enriquecida por el retrato de la compleja sociedad israelí y por el estudio de las raíces sociológicas del terrorismo palestino.

Tras la oleada de violencia desatada por la provocación de Sharon en la Explanada de las Mezquitas y la arrogancia israelí tras el atentado de las Torres Gemelas, que se esgrime como un acto de terror similar al que sufren los israelíes por parte de los suicidas palestinos, la conclusión del autor es pesimista: "Los más fanáticos de los más fanáticos, esos que no quieren la paz, son los que hoy controlan el despropósito del Próximo Oriente", escribe, refiriéndose al Likud de Sharon y a los fundamentalistas de Hamás.

Arturo Arnalte

David Solar
Sin piedad, sin esperanza. Palestinos e israelíes, la tragedia que no cesa
Granada, Almed, 2002
673 páginas, 19 €

Ese flujo turístico mantuvo la importancia de Jerusalén como meta de peregrinaje religioso para cristianos, sobre todo, pero también para musulmanes; no así para judíos, que la contemplaban casi únicamente como meta espiritual. El espía español Domingo Badía, que visitó la ciudad a comienzos del siglo XIX, decía, tras calcular la importancia cuantitativas de las diversas comunidades: "Los judíos son en corto número".

Retorno a Sión

Las migraciones judías promocionadas por el Sionismo cambiaron la situación. Primero, afectaron más a las ciudades costeras y a las zonas agrícolas que a Jerusalén; a continuación, la Ciudad Nueva, que fue surgiendo extramuros, fue poblándose por ellos. Jerusalén tardó poco en convertirse en epicentro de las reacciones nativas contra la afluencia de inmigrantes, autorizada por el Mandato británico. Especial violencia revistió la lucha en 1928, a finales de los años treinta y, sobre todo, en 1946-47, con episodios como los del *Hotel King David*; Deir Yassin y el Monte Scopus.

Esa conflictividad condujo al reparto impuesto por la ONU el 29 de noviembre de 1947. Aquella sentencia salomónica decidió, también, que Jerusalén y Belén quedaran bajo control internacional, componiendo un enclave de unos 200 kilómetros cuadrados.

Nunca hubo tal. Tras la guerra de 1948, la Ciudad Vieja –donde se hallan los santos lugares del cristianismo, el Muro de las Lamentaciones y la Explanada de las Mezquitas– quedó en manos de Jordania y tanto la ciudad como el territorio palestino, que los árabes lograron salvar del ejército israelí, pasó a depender de Ammán. La Ciudad Nueva permaneció en manos de Israel.

Jerusalén padeció una fricción continua. Por un lado, los judíos la declararon su capital y trasladaron a la Ciudad Nueva algunos centros oficiales, aunque no fue reconocida internacionalmente. Por otro, los palestinos demostraron su indignación por la inoperancia árabe en la guerra de 1948, asesinando, en 1951, al rey Abdallah de Jordania, cuando salía de orar en la Mezquita de al-Aqsa. El peregrinaje religioso se contrajo, a causa de la conflictividad imperante.

La **Cúpula de la Roca**, de 691, junto a la Mezquita de Al-Aqsa, de 780, está entre los lugares más venerados por los musulmanes.

En la guerra de 1967, Israel se apoderó de la ciudad el 7 de junio y, en las jornadas siguientes, de toda Cisjordania. Pese a que la Resolución 242 de Naciones Unidas, de 1967, pedía el retorno a las fronteras anteriores al la guerra, el Parlamento israelí declaró, en 1980, que "la reunificada Jerusalén era la capital eterna de Israel". Y pasaron a los hechos: durante el Gobierno conservador de Netanyahu, 1996-99, se erigieron nuevos barrios sobre tierras palestinas, como el de Har Homá: 6.500 viviendas para 25.000 israelíes; se activó la compra de casas árabes en la Ciudad Vieja, edificando otras nuevas reservadas para judíos; se abrió el túnel de los Asmoneos, con un propósito sólo político. La población ha evolucionado en consonancia: 205.000 habitantes en 1947 –mitad judíos y mitad árabes, incluyendo la Ciudad Vieja y la Nueva–; en 1967, 250.000 –150.000 judíos, 100.000 palestinos–; actualmente, 600.000 –400.000 israelíes y 200.000 palestinos–, estos últimos concentrados en la zona Este.

Las negociaciones derivadas de los Acuerdos de Oslo fueron postergando el asunto jerosolimitano, por considerarlo uno de los asuntos más difíciles de resolver. Israelíes y palestinos desean tener allí su capital y controlar la Ciudad Vieja y de su importancia es muestra la provocación elegida por Ariel Sharon para sacar de sus casillas a los palestinos. En septiembre de 2000 se dio un paseo por la Explanada de las Mezquitas, con la protección de más de un millar de soldados y policías. Aquella actuación puso en marcha la Segunda Intifada.

A muerte por la capitalidad

En un postrer intento de convertirse en el pacificador del Próximo Oriente, el presidente Clinton pareció hallar una fórmula aceptable para todos: en Jerusalén habría dos capitales, la del Estado de Israel y la del Estado Palestino, donde lo árabe sería árabe y lo judío, judío... Tal posibilidad no se concretó, porque Clinton dejó de ser presidente, a la vez que Barak perdió las elecciones de febrero de 2001 y el vencedor, Sharon, no quiso volver a hablar del asunto.

Respecto al tema de la capitalidad de Jerusalén, sólo algunos pequeños países tienen allí sus embajadas; el resto, ha respetado la internacionalidad decidida por la resolución de la ONU de noviembre de 1947. Pero las cosas pueden cambiar, porque uno de los impulsores de aquella resolución, Estados Unidos, ha avivado el rencor, reconociendo a Jerusalén como capital de Israel.

Entre tanto, la violencia no cesa: desde septiembre de 2000 se contabilizan más de 2.200 muertos y 20.000 heridos; la infraestructura palestina ha sido reducida a escombros; la Autoridad Nacional Palestina ha quedado minimizada; Israel atraviesa la peor crisis económica de su existencia y el proceso de paz está enterrado... Los turistas cristianos han desaparecidos e, incluso, musulmanes y judíos acceden con dificultad a sus lugares santos. Pero cambiarán los tiempos: nunca llovió que no escampara en Jerusalén. ■

PARA SABER MÁS

Connell, E., *Una crónica de las Cruzadas*, Barcelona, Planeta, 2001.
Maalouf, A., *Las Cruzadas vistas por los árabes*, Madrid, Alianza, 1992.
Mayer, H. E., *Historia de las cruzadas*, Madrid, Istmo, 2001.
Tariq, A., *El choque de los fundamentalismos: cruzadas, yihad y modernidad*, Madrid, Alianza, 2002.